

Cámara de los comunes preparaba una petición para suplicar á la reina que eligiera por esposo á un súbdito inglés. Entónces comprendió que la solución se precipitaba de suyo.

La hija de Enrique VIII miró, en efecto, esta pretension como un agravio hecho á su prerogativa; y aquella misma noche se encerró en su oratorio con lady Clarence, una de sus damas de honor, y Simon Renard. El Santísimo Sacramento estaba allí, refiere éste (1); la reina me manifestó cómo desde que le entregué las cartas de Vuestra Majestad no habia dormido, sino que habia llorado mucho rogando á Dios inspiracion y consejo; hincándose luego de rodillas, rezó el *Veni, creator spiritus*, y Mistress Clarence y yo hicimos lo propio. Así que se hubo levantado, sintiéndose aconsejada de Dios, que ha hecho ya tantos milagros por ella, me dió la promesa de matrimonio para Su Alteza en presencia del Santísimo Sacramento, sintiendo absolutamente que á esto tendia su inclinacion. Si ella habia invocado al Espíritu Santo, yo á la Santísima Trinidad para que le inspirara esta deseada respuesta. La importancia del resultado obtenido impulsa los ánimos á una vía de misticismo que terminará pronto en una verdadera parodia de la Sagrada Escritura; como quiera que se llega á considerar á María como la destinada á dar á luz al Mesías que ha de redimir al pueblo inglés. Noailles, que no cree en la profecía, no vacila en contestar con un golpe de efecto, y se empeña en relaciones secretas con los descontentos, induce á la princesa Isabel á aceptar el papel de defensora de las creencias protestantes y prepara un movimiento para apoyar la resistencia legal de la Cámara de los comunes.

III.—Sublevacion de Wyatt

La oposicion del Parlamento y su demanda á la reina para que no eligiera esposo sino entre súbditos ingleses, fueron recibidas con desden y arrastraron muy luego un decreto de disolucion. La perseverancia de la reina en arrostrar el descontento de su pueblo y en mantener la eleccion que creia ella inspirada por el Espíritu Santo, regocijó en gran manera á Carlos V, que se dió buena prisa en felicitarla por su firmeza, excusándose de dictar su carta, «por estar tan trabajado de la gota que no puedo mover la mano y he rogado á la reina de Hungría, mi hermana, que escriba esta de su puño.»

(1) Ms. Rec. of. Foreign Mary, tom. I.º, pág. 600. Carta de Renard del 31 de octubre de 1553.

El príncipe Felipe se decide en fin á escribir directamente (2), y da sus poderes al conde de Egmont, que va á firmar las capitulaciones matrimoniales. En ellas se estipula que Felipe reciba el título de rey de Inglaterra y que el hijo que nazca de esta union sea heredero de Flandes y de Borgoña añadidas á Inglaterra en detrimento de los derechos de D. Carlos, hijo del primer matrimonio. Con esto, créense al término de esta difícil negociacion; pero Renard no está tranquilo todavía. No hay que fiarse, dice: si la alianza es grande, tambien es arriesgada (3). Por su parte, afirma Noailles que el pueblo *demuestra poco favor y regocijo* (4). Sabe además á qué atenerse sobre los obstáculos positivos. «Veo cundir tal desasosiego y subversion entre este pueblo, que no tan fácilmente se extinguiría, y creo que por poco que sean apoyados y socorridos los fautores del movimiento, llegarían al logro de sus designios, por el descontento que conozco y veo en la mayor parte de los súbditos de este reino en razon del dicho casamiento (5).» Ofrece hacer que se establezca en Plymouth una guarnicion francesa y que se anticipen cinco mil escudos de oro á los descontentos. Espera que mientras los revoltosos trabajan por poner en el trono que ocupa María á su hermana Isabel, pueda él levantar por reina de Inglaterra á María Estuardo, uniendo así bajo un cetro católico á Inglaterra, Escocia y Francia. Sino que uno de los conspiradores entrega al canciller todos los secretos; con cuyas revelaciones es sorprendido un conciliábulo en una iglesia y son ahorcados inmediatamente dos de los conspiradores. No se desalienta Noailles por tan poco y se compromete con tan poca reserva que le es sorprendida su correspondencia diplomática (6). Al mismo tiempo se subleva el condado de Kent, y los voluntarios de la *City* que se envían para atajar la rebelion, se pasan á las órdenes del jefe de los insurgentes, Wyatt. A la noticia de esta defeccion, comprende Simon Renard que ha sido burlado por Noailles y se espanta de ver en el Consejo, al rededor de la reina, reconvencciones, discordias, turbacion (7). En las crisis en que el vigor de decision es más necesario que la calma, las mujeres harán siempre un papel

(2) 7 de enero de 1554.

(3) Carta á Carlos V, del 12 de diciembre de 1553.

(4) Noailles al rey, 3 de enero de 1554. *Coleccion de Vertot*, tom. III, pág. 12.

(5) *Ibid.* tom. III, págs. 18 á 22.

(6) El 26 de enero de 1554.

(7) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 207.

notable: poseen la obstinacion, el ardor, la viveza, cualidades necesarias para tranquilizar á los tímidos y atraer á los indecisos. María corre á la *City*, echa en cara á los burgueses la vergonzosa traicion de sus hijos enviados contra los rebeldes, los espanta con la idea del pillaje, tan tentador para los campesinos que avanzan hácia Lóndres y los enardece y llena de valor con su voz viril. Noailles que ha tenido la cruel curiosidad de ver *qué cara hacia*, dice que estaba «tan triste y llorosa como puede pensarse;» pero esta misma afliccion de la hija de Enrique VIII, hace que los burgueses se le muestren leales. Algunos días despues, ninguno de ellos se pronuncia por Wyatt, cuando este jefe de insurrectos se presenta á la puerta del puente de Lóndres. Los *hombres decentes de la City* ántes quieren abandonar al suplicio á sus hijos rebeldes que sus almacenes al pillaje. Noailles á su vez está intranquilo. Pero todavía se puede arrebatar á la reina en su palacio: sus damas lloran en torno de ella; el canciller Gardiner, más conmovido que ellas, quiere huir secretamente con la reina; Renard conjura á María que no se mueva sino en último extremo (1).—«Suceda lo que quiera, contesta la reina, soy la esposa del príncipe de España; y mi corona, mi vida y todo lo renuncio ántes que al príncipe.»—Manda disparar los cañones de la torre contra los rebeldes de Wyatt; éste vacila, se retrasa dos días á la orilla derecha del Támesis, se pone en marcha el mártir de Carnestolendas (2), ve los puentes defendidos y no puede pasar el Támesis sino por más arriba de Lóndres. Si hubiera precipitado un tanto este movimiento, acaso hubiera podido sorprender á la reina en su palacio; pero pierde muchas horas en montar un cañon que se habia caido de su cureña en el camino; y no llega á Hyde-Park hasta las nueve de la mañana siguiente despues de una interminable marcha de noche.

Apénas se ve, á causa de una densa niebla que se resuelve luego en lluvia; mojados, frios, fatigados, llenos de lodo, faltos de alimento, los campesinos de Wyatt se desbandan y esconden en cuanto los atacan los guardias de la reina en Hyde-Park: apénas siguen á Wyatt unos trescientos hombres que acometen á los guardias, cruzan la llanura llamada hoy Pall Mall, desfilan ante el resto de las compañías de la *City* que se niegan á la vez á combatirlos y á pasarse á ellos,

(1) Ms. Rec. of., Foreign Mary, tom. I.º pág. 1, 176.

(2) El 2 de febrero de 1554.

y llegan á Charing-Cross donde la caballería de la reina emprende la fuga á su vista. Desde las ventanas de Whitehall observa María la marcha de los sublevados al través de la niebla; algunos disparos de arcabuz turban el silencio, y no pocos hombres que se extravían vienen á morir á su vista al hierro de sus alabarderos. Muy luego la partida de Wyatt atraviesa á Charing-Cross y penetra en un arrabal de angostas calles, que es hoy el Strand. Wyatt sigue creyendo en la buena voluntad de los burgueses de la *City*, cuyos hijos están con él: cree que le pueden proporcionar la victoria en el último momento; impórtale poco los campesinos que se van rezagando por el camino y menos las tropas reales que le cortan la retirada. Llegue á la *City*, y aunque llegue solo, triunfará. Sigue adelante y se acerca al rastrillo de la puerta Ludgate-Hill: pero el rastrillo no se abre; la *City* está seducida por la reina. Vuélvese Wyatt, no ve ya más que unos veinte hombres de los trescientos que lo seguían y cae abrumado sobre un banco á la puerta de la taberna la *Hermosa Salvaje*.

Wyatt representaba sin ningun género de duda el pensamiento de la mayor parte de los ingleses. Si hubiera sido vencedor habria excitado extraordinario entusiasmo y la historia contaria pocos nombres tan ilustres. Pero veislo abandonado en el momento decisivo, veislo vencido; y aquellos mismos hombres que se aprestaban á aclamarlo, que volverán á sus opiniones al día siguiente, los acosan á él y á sus compañeros, los ojean, por decirlo así, al través de las calles que desembocan en la *City*, viniendo á ser el enemigo comun y el maldito del momento. Ni una puerta se abre para darle asilo; ni un corazon palpita de compasion por él. Todo el que tiene las botas manchadas de lodo es reducido á prision: el barro recogido durante aquella marcha nocturna es una señal que lo denuncia para que lo lleven al suplicio. Estos movimientos de la opinion contra los inhábiles tienen muy poco de heróico. Una ciudad entera olvida en un momento sus pasiones de la víspera. Los niños son menos accesibles á estos desfallecimientos, porque á su edad no comprenden tan bien la ley del más fuerte. Algunos días despues los pilluelos de Lóndres se dividen en dos bandos, el de Wyatt y el del príncipe de España: el que representa á Felipe es preso y llevado al patíbulo «y sin el auxilio de algunos hombres que oportunamente acudieron lo hubieran estrangulado, como se puede claramente juzgar por las señales que conserva y

tendrá por mucho tiempo en el cuello» (1). La reina, excitada á la severidad por Simon Renard, quiere que uno de ellos sea sacrificado; pero si se obtiene de ella que no castigue juegos de niños con una ejecucion capital, puede á lo ménos hacer morir á todos los sospechosos y afianzar así la seguridad del esposo que espera; y muy bien que despacha á todos los contrarios para asegurar su autoridad absoluta, pues que es notorio que han merecido la muerte. No duda ni vacila; una vez ajusticiados los presos, todos los cuales son herejes, quedará completamente restablecida la religion (2). Renard no



Medalla con el retrato de María Tudor
(Real gabinete numismático de Berlín)

exceptua á Isabel; y áun hubiera querido comprender al mismo Noailles en el proceso formado contra los conspiradores (3).

Noailles está ménos afligido por el fracaso que lisonjeado de haber «infundido á la dicha dama y á los señores de su consejo tan grande espanto al ver puesta en peligro la corona por espacio de ocho dias» (4). Tiene la audacia de presentarse ante la reina, pues aunque no ignora que sus despachos á la corte de Francia han sido interceptados, cree que no han podido descifrarlos. Se engaña sin embargo: las cartas han sido descifradas en pocos dias por el canciller, quien las ha remitido al punto á Simon Renard sin darle á conocer su traduccion; pero Renard las ha leído á su vez (5), del propio modo que un erudito de nuestro tiempo ha podido dar con la cifra de los antiguos despachos de la república

(1) Noailles á Montmorency, tom. III, pág. 129, y carta de Simon Renard del 14 de marzo de 1554.

(2) Ms. Rec. of., tom. I.º pág. 1,203, Renard á Carlos V, del 12 de febrero de 1554.

(3) Ibid. tom. II, Renard á Carlos V, del 24 de febrero de 1554.

(4) NOAILLES, tom. III, pág. 60.

(5) Doc. inéd. tom. III, pág. 499.

de Venecia (6). La conducta de Noailles parecería sospechosa á nuestra diplomacia contemporánea: un embajador que se mezcla en una conspiracion, que hace ofrecimientos á los rebeldes y toma medidas para burlarlos á su vez, si triunfan, no parecería ya un modelo digno de imitarse. Pero hay que recordar el interés de Francia en impedir la union de las cortes del Norte; sobre todo hay que tener presentes las costumbres diplomáticas de la época, que permitian el espionaje en todas sus variedades. Hasta se ve á un enviado inglés que se excusa de no hacer personalmente el oficio de espía

Este funcionario está en Bruselas. «Si escuchó lo que se dice en la corte me haré sospechoso; en mi calidad de hereje, tampoco puedo hacerlo en las iglesias; sólo me es dado disponer de una buena mesa y de espías generosamente pagados. Sin herramientas no se puede trabajar. Sin dinero para los espías perderemos preciosas revelaciones (7).» Así, no fué de ninguna manera censurado Noailles por su conducta en el asunto Wyatt, ántes bien hubo de recibir felicitaciones oficiales por su tacto y habilidad (8). Pero la reina María no lo disculpaba tan fácilmente y cuando pareció á su presencia lo recibió de tal manera y con semblante tan colérico que no ofrecía nada de la dulzura femenil (9).

Otro acceso de esta misma cólera alcanzó á la víctima más interesante y sin duda más inocente. Juana Grey estaba presa hacia siete meses: puesto que habia sido perdonada en julio por su crimen de haber ceñido á su pesar la corona por espacio de ocho dias, no habia razon para ejecutarla en febrero sin nuevo agravio. Con todo eso, María quiso su muerte, temiendo que la presencia de esta rival fuera una de las causas de las vacilaciones de Felipe para ponerse en camino y decretó ejecutarla.

Al saber esta sentencia Juana Grey, que tenia diez y siete años, trazó estas palabras al márgen de su Biblia: «Hay dos dias buenos, el dia en que se nace y el dia en que se muere: el dia de la muerte es el mejor» (10).

Cuando estuvo en el cadalso entregó á su doncella de honor sus guantes y su pañuelo y despues

(6) M. Paul Friedman. Su interpretacion está conforme con la cifra original que señaló en 1869 en los archivos de Venecia Luigi Pasini.

(7) Ms. Rec. of., n.º 1,341, Challoner to Cecil, 19 de setiembre de 1559.

(8) El 27 de febrero de 1554, Col. de Vertot, tom. III, pág. 89.

(9) Ibid. tom. III, pág. 135.

(10) «There is a time to be born and a time to die; and the day of death is better than the day of our birth.»

se desciñó el vestido rechazando la ayuda que le queria prestar el verdugo. Luégo anduvo unos pasos hasta llegar á la paja en que estaba montado el tajo y dijo al verlo: «¿Es esta la cuchilla? Os suplico que acabeis pronto.»—Despues se postró de rodillas, se vendó los ojos con su pañuelo y dijo:—¿Qué he de hacer?—Buscó entónces el tajo, preguntando dónde estaba y sin demora fué decapitada con grande abundancia de sangre (1).

Este era el regalo nupcial de María á su prometido. Ahora podia este acercarse al trono protegido por el recuerdo de este suplicio. La fidelidad de los burgueses de la City quedó asegurada al mismo tiempo con el espectáculo de un centenar de horcas, cargadas de cuerpos en medio de las calles, pues para que la leccion no se olvidara, no se descolgaron los cadáveres. «No os contaré al por menor todo el sacrificio; baste decir que ha habido ya más de cuatrocientos



El duque de Alba. (Copia de una medalla de la época)

ahorcados» (2). A muchos se les condenó á remar en las galeras, despues de haber sido sometidos á cuestion de tormento.

Se contaba mucho con la tortura para obtener revelaciones que permitieran destruir una competidora tan peligrosa como Juana Grey, la princesa Isabel.

Esta segunda hija de Enrique VIII habia sido educada en la religion protestante (3), tenia veintiun años y era amada del pueblo. «Era notablemente hermosa y gentil de su persona, dice un embajador (4), modesta, dulce é instruida como

quiera que hablaba seis lenguas.» Los esfuerzos de Renard para apartarla del camino de su príncipe hubieron de fracasar. «Los hombres de ley, dice con despecho, no encuentran medio para condenarla.» Todo se redujo á una conversion forzada al gremio de la Iglesia católica. Isabel escribió á Carlos V, rogándole fuera servido de enviarle cruces, cálices y demás ornamentos necesarios para celebrar misa en su capilla (5). No pudo salir de la torre de Lóndres donde habia sido encerrada, sino despues de haber oido misa (6). Fué luégo desterrada á un lejano castillo. Esta desgracia parecia ilusoria á Renard que hubiera querido hacer simplemente de Isabel una dama de honor de la hermana de Car-

(1) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 126. Carta del protonotario Noailles del 12 de marzo de 1554.

(2) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 126.

(3) Nació el 7 de setiembre de 1533.

(4) Ms. Rec. of. Venetian papers, IV, pág. 934. Soranzo, 18 de agosto de 1554: «E di corpo et di faccia molto bella et disposita con una si grave maestà in tutte le sue operazioni che non è alcuno che non la giudichi Regina.»

(5) Despacho de Carlos V, del 24 de diciembre de 1553, publicado por el P. Griffet. *Nuevas aclaraciones*. Amsterdam, 1766.

(6) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 60.

los V, «si la reina de Hungría tenía á bien admitirla á su servicio» (1). En su impaciencia de quitar de en medio todos los obstáculos á su príncipe, decia con amargura: «Verdaderamente el canciller ha mostrado gran negligencia en proceder contra los criminales (2).»

Confesaba, sin embargo, que se habia hecho bastante para imponer silencio á los descontentos. «Ya el pueblo de Lóndres comienza á decir que Su Alteza será bien venido» (3), lo que no impedía que los ministros de la reina se disputaran aún el poder con encarnizamiento. «Las parcialidades, envidias y malevolencias de los consejeros han crecido tanto y tanto se manifiestan, que al presente, enojados entre sí, no se encuentran en el consejo: lo que el uno hace, deshácelo el otro; lo que este aconseja desapruebalo aquel» (4). En este desórden «la reina gritaba todos los dias tras los de su consejo» (5) y esperaba «con gran devoción la ratificación de Su Alteza y la dispensa del papa» (6). Desde el principio habia declarado que no queria casarse durante la cuaresma (7). Despues habia visto pasar la Pascua florida y parecia inquieta en gran manera por la tardanza de Felipe que tan poca voluntad manifestaba de ir por allá (8). Renard por su parte comenzaba tambien á no saber cómo explicar la lentitud de su amo. «La reina me pregunta muy á menudo si se ha fijado el dia de vuestra partida, escribió á Felipe; si se ha recibido la dispensa del Padre Santo y si habeis enviado ya vuestros poderes» (9).—«Su constancia y sus declaraciones públicas, añadía el emperador, son dignas de su carácter y nos tienen muy obligados» (10). No era falta de fe la tardanza de Felipe, sino simple incapacidad de ejecutar rápidamente lo que estaba resuelto á hacer. Pero muy luégo esta tardanza vino á ser indecorosa para su real prometida; «hasta me han dicho que á ciertas horas de la noche la sobrevienen tales melancolías de amores y pasiones, que con frecuencia se pone como fuera de sí y yo creo que la causa principal de su dolor proviene del despecho de ver su persona tan desmerecida y multiplicados los años como

(1) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 276.
 (2) Ms. Rec. of. del 22 de abril de 1554.
 (3) Ibid.
 (4) Ibid.
 (5) Ibid.
 (6) Papeles de Estado de Granvela.
 (7) Despacho de Renard del 31 de enero de 1554, publicado por el P. Griffet. *Nuevas aclaraciones*, pág. 131.
 (8) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 253.
 (9) Doc. inéd., tom. III, pág. 507.
 (10) Ibid. pág. 508.

que el tiempo corre todos los dias mal que nos pese (11).» ¿Hay que creer que Noailles, espiando con malévolá curiosidad las impacencias de la pobre señora, hubiera imaginado para desbaratar su matrimonio un proyecto ménos honroso aún que el de la conspiración de Wyatt? Renard lo acusa de ello formalmente; pero la empresa parece extraña y Noailles se abstiene de hablar de ella á su corte. Un caballero napolitano llamado Julio César Brancazo, hábil tañedor de laúd, recomendado á la reina por Bárbara su dama de honor flamenca, tañedora tambien de espineta, fué introducido en la corte y destinado á convertirse en un favorito. Renard consiguió que lo pusieran preso ántes de que hubiera obtenido una entrevista; pero el italiano «hombre determinado y escandaloso,» se creia tan seguro de vencer, que se negó á salir de Inglaterra cuando se le ofreció ponerlo en libertad (12).

Esta contrariedad no era la única que ponía en cuidado á Felipe: miéntras la reina «se desespera» (13), sabe Felipe que va á verse en la precisión de reformar todas sus costumbres. Siendo taciturno y altanero, tiene que halagar á la nobleza y ser comunicable con ella y dejarse ver del pueblo con frecuencia. No habla más que el castellano y ha de verse forzado á aprender algunas palabras inglesas para saludar siquiera; se complace en la sociedad de Isabel Osorio y de las damas de su corte, y no conviene de ninguna manera que lleve allá damas españolas (14). Se le recomienda que use una cota de mallas debajo de su vestido para precaverse de cualquier atentado, que lleve sus cocineros y gentiles-hombres de mesa y boca para sustraerse al veneno y que deje en sus naves los soldados españoles para evitar probables riñas con sus nuevos súbditos. Se le advierte que será preciso ganar á los notables con pensiones y liberalidades y que los franceses pondrán en juego todos sus manejos para mantener parcialidades (15).

Felipe, sin apresuramientos ni ilusiones, se resignó friamente á sufrir tal y tanta violencia y á hacer frente á tantos peligros. Embarcóse á mediados del verano (16), recibiendo de su padre en compensación de este destierro y en premio de su docilidad los reinos de Nápoles y de Sicilia. Para que le auxiliase en el gobierno de sus dispersos pueblos llamó á su hermana

(11) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 252.
 (12) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 271.
 (13) Ibid., tom. IV, pág. 269.
 (14) Ibid. tom. IV. Instrucciones del Emperador.
 (15) Doc. inéd., tom. III, pág. 515, Renard al príncipe de España.
 (16) Julio de 1554.

Juana y le confió la administración de España.

Juana, viuda hacia seis meses del rey de Portugal, habia dado á luz al príncipe Sebastian algunas semanas despues de la muerte de su marido, y dejado la regencia á su tía, hermana de Carlos V. Entró en España con su luctuoso traje de viuda que no abandonó ya, fria, ceremoniosa, exaltada por el orgullo de raza y tan cuidadosamente velada, que para darse á conocer tenia que decir: «Soy la princesa (1).» Esta mujer ignorante é indolente no fué un auxiliar útil para Felipe, que á partir de esta misma fecha hubo de comenzar sus interminables trabajos de correspondencia y adquirir el hábito de estudiar todos los negocios.

IV.—Segundo matrimonio de Felipe

Cuando la escuadra que conducía á Felipe arribó á la rada de Southampton entre salvas de artillería, un artillero inglés metió una bala en su pieza y la apuntó al navío del príncipe (2). Al desembarcar Felipe supo que no debia hacerse acompañar en tierra sino por unas diez personas, con lo cual no pudo conservar á su lado más que cuatro flamencos y los españoles Alba, Feria y Ruy Gomez (3) para compartir su destierro en el país de las nieblas: les recomendó que vivieran completamente á la inglesa, en cuyo empeño les serviría él de ejemplo y despues se hizo servir cerveza (4); bien que apenas recobrado del mareo que venia padeciendo desde que subió á bordo en la Coruña, fingió ser muy de su gusto la bebida.—Es el vino del país, dijo.—Anunció á los señores ingleses que llevaba en sus cofres hasta cuarenta mil ducados para obsequiarlos; y con las damas todavía llevó más allá su cortesía, pues quitándose el sombrero, las besó á todas en la boca «conformándose con los usos del país» (5). Tales expansiones no inspiraron aún gran confianza á Renard. Mucho ha de costarle, escribia, concertar á los españoles con los ingleses, cuanto más que los franceses no se descuidan por su parte (6). Los marineros que bajaban

(1) Florez. *Reinas Católicas*, tom. II, pág. 873.
 (2) *Viaje á Inglaterra*, prólogo, pág. XXIV.
 (3) Ibid. Tambien Ruy Gomez era portugués: tenia además cuatro mayordomos.
 (4) Colec. de Vertot. Noailles al rey, tom. III, pág. 287.
 (5) *Viaje á Inglaterra*, pág. 71. «Con la gorra en la mano, las recibia besándolas á todas, por no quebrantar el uso de la tierra.» Véase tambien Sepúlveda, tom. II, pág. 499. «Matronas etiam et regias virgines sigillatim salutat, osculaturque.»
 (6) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 293.

á comprar víveres eran insultados por el populacho que llamaba á sus barcos conchas de almeja (7) y los provocaban á reñir, estrechándolos y dándoles empellones.

Entre tanto sabe Felipe la llegada de la reina á Winchester (8), y parte á caballo para recibirla. Una lluvia cruel y continua pone los caminos impracticables (9) y no llega hasta las seis de la tarde; echa pié á tierra y entra en la iglesia para rezar sus devociones, no presentándose á María hasta las diez de la noche. La besa segun los estilos de por allá, háblale en castellano y ella le contesta en francés; celébrase el casamiento el dia siguiente; «el obispo bendice el tálamo nupcial y se les deja solos. Lo que pasó aquella noche sólo ellos lo saben; todo lo que podemos pretender es que nos den un príncipe» (10). Los ingleses con gran escándalo de los españoles hasta sostienen que Felipe no lleva otra misión á su país: «no lo necesitamos más que para esto; tenga la reina hijos y puede volverse él por donde vino» (11). No bien entraron los esposos en Lóndres, cuando nuevas sorpresas y decepciones ofensivas vienen á lastimar á los españoles. Los ministros son los que explican cómo en aquel país no tiene autoridad el rey: sus ministros son los que dan las órdenes y gobiernan (12); los hombres del pueblo silban como un símbolo de idolatría la cruz roja en forma de puñal con que está adornado el hábito de los caballeros de Santiago, desgarran este hábito en las calles y dicen del papa que es un hombre como ellos (13).

Pero de todas las vejaciones que tiene que sufrir con paciencia, las que más cargan á Felipe son al parecer las importunas ternezas de su esposa. La reina es muy buena persona, escribe el confidente Ruy Gomez (14); pero más vieja aún de lo que se nos decia. El Señor proveerá, él que hasta ahora ha dirigido todo lo que se refiere á este enlace. No es que Felipe carezca de miramientos para con la buena

(7) Fyler. *Edward and Mary*, tom. II, pág. 414.
 (8) El 23 de julio de 1554.
 (9) *Relazione venet.* Badoaro.
 (10) *Viaje á Inglaterra*, pág. 95. «Lo de la noche ellos se lo saben. A darnos un hijo se va todo el bien que se pretende.»
 (11) «El príncipe nuestro señor dicen que vino solo á darle un hijo á la reina y que en habiéndolo en ella se ha de volver á España.» Ibid. pág. 120.
 (12) Ibid. pág. 111. «Los reyes aquí mandan tan poco como si fueran vassallos. Quien los manda y gobierna todo son los consejeros.»
 (13) Ibid., pág. 121. «A dos caballeros de Santiago quisieron estos dias quitar por fuerza los hábitos en la calle preguntándoles para qué llevaban en el pecho aquellas cruces coloradas; y hablando del papa dicen que es un hombre como ellos.»
 (14) Doc. inéd., tom. III, pág. 526. Ruy Gomez á Eraso, 26 julio de 1554.